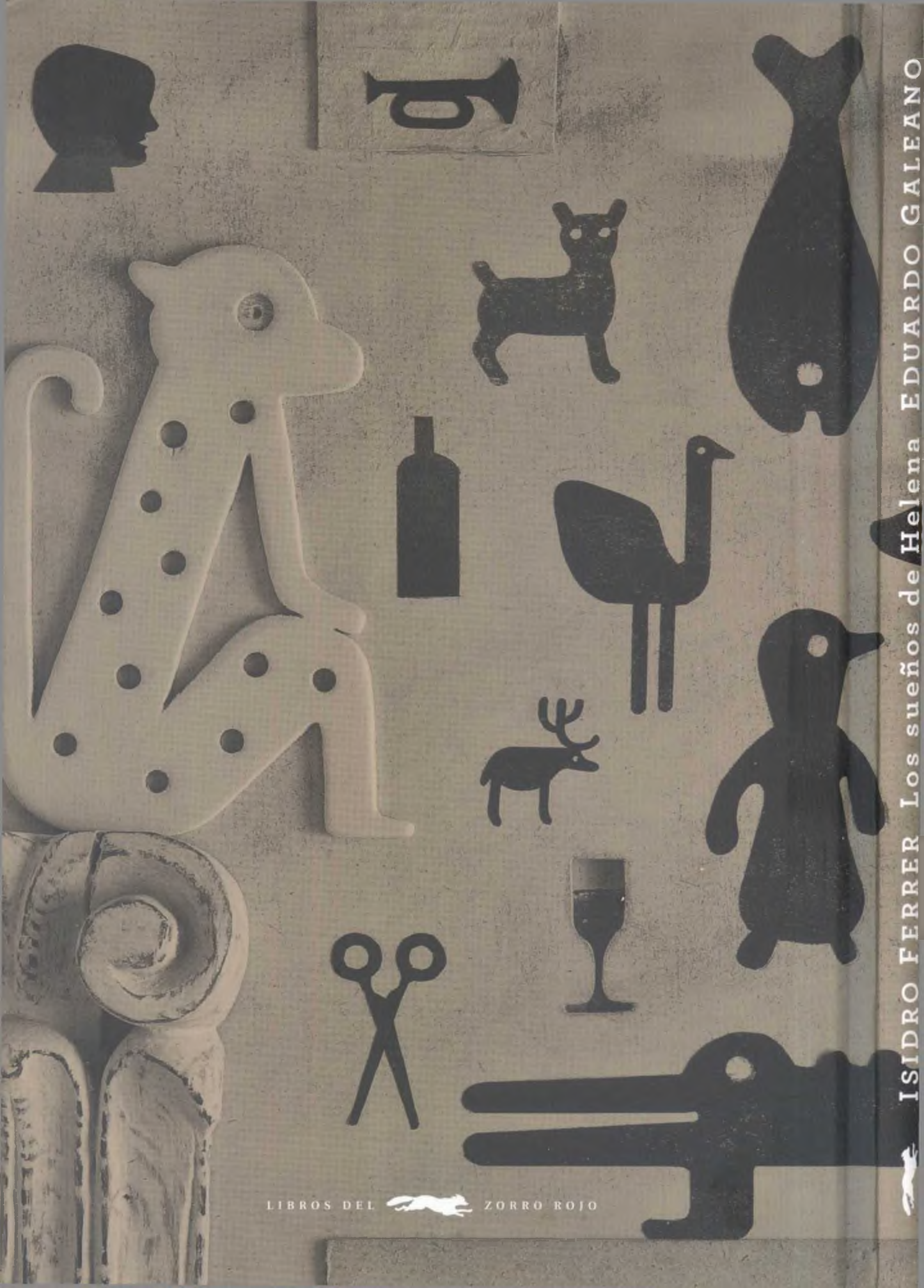


Los sueños de Helena
EDUARDO GALEANO

Ilustraciones:

ISIDRO FERRER





LIBROS DEL  ZORRO ROJO

ISIDRO FERRER Los sueños de Helena EDUARDO GALEANO

Los sueños de Helena





Los sueños de Helena
EDUARDO GALEANO

Ilustraciones:
ISIDRO FERRER

*

Para Helena
Eduardo Galeano

Para Elena
Isidro Ferrer



Prólogo

Helena me humilla cada mañana, a la hora del desayuno, contándome sus sueños prodigiosos.

Ella entra en la noche como en un cine, y cada noche un sueño nuevo la espera.

Mientras ella cuenta, yo bebo mi café en silencio.

Más me vale callar. Los pocos sueños míos que consigo recordar son de una bochornosa estupidez.

Para vengarme, escribo los sueños que ella vuela.

Aquí están, reunidos, fugitivos de las páginas de mis libros que ellos, los sueños, han mejorado tanto.

Las obras de Isidro los acompañan, de la mejor manera.

Eduardo Galeano

La noche

Allá en la infancia, Helena se hizo la dormida y se escapó de la cama.

Se vistió de punta en blanco, como si fuera domingo, y con todo sigilo se deslizó hacia el patio y se sentó a descubrir los misterios de la noche de Tucumán.

Sus padres dormían, sus hermanas también.

Ella quería ver cómo crecía la noche, y cómo viajaban la luna y las estrellas. Alguien le había dicho que los astros se mueven, y a veces se caen, y que el cielo va cambiando de color mientras la noche anda.

Aquella noche, noche de la revelación de la noche, Helena miraba sin parpadear. Le dolía el pescuezo, le dolían los ojos, y se estrujaba los párpados y volvía a mirar. Y miró y miró y siguió mirando, y el cielo no cambiaba y la luna y las estrellas continuaban quietas en su sitio.

Le despertaron las luces del amanecer. Helena lagrimeó.

Después, se consoló pensando que a la noche no le gusta que le espíen los secretos.





Viaje al país de los sueños

Helena acudía, en carro de caballos, al país donde se sueñan los sueños.

A su lado, sentada en el pescante, iba la perrita Pepa Lumpen.

Pepa llevaba, bajo el brazo, una gallina que iba a trabajar en su sueño.

Helena traía un inmenso baúl lleno de máscaras y trapos de colores.

Estaba el camino muy lleno de gente.

Todos marchaban hacia el país de los sueños, y hacían mucho lío y metían mucho ruido ensayando los sueños que iban a soñar, así que Pepa refunfuñaba y gruñía, porque no la dejaban concentrarse como es debido.





Casa que viaja

Estábamos sentados en una escalera, mirando la mar desde una casa que había sido nuestra casa y ya no era, porque debíamos irnos sí o sí, ya mismo.

Nos levantamos y nos fuimos alejando, pasito a paso, y en eso me di cuenta de que Helena llevaba un hilo en la mano y atada al hilo viajaba la casa, que con nosotros se iba, siguiéndonos.

Ella le había puesto rueditas.



El país de los sueños

Era un inmenso campamento al aire libre.

De las galeras de los magos brotaban lechugas cantoras y ajíes luminosos, y por todas partes había gente ofreciendo sueños en canje. Había quien quería cambiar un sueño de viajes por un sueño de amores, y había quien ofrecía un sueño para reír en trueque por un sueño para llorar un llanto bien gustoso.

Un señor andaba por ahí buscando los pedacitos de su sueño, desbaratado por alguien que se lo había llevado por delante: el doliente iba recogiendo los pedacitos, y los pegaba, y con ellos intentaba hacer un estandarte de colores que era bastante marracho.

El aguatero de los sueños llevaba agua a quienes sentían sed mientras dormían. Llevaba el agua a la espalda, en una vasija, y la brindaba en altas copas.

Sobre una torre había una mujer, de túnica blanca, peinándose la cabellera, que le llegaba a los pies. El peine desprendía sueños, con todos sus personajes, sueños que salían del pelo y se iban al aire.



Juana

Helena deambula por el mercado de sueños, donde las vivanderas ofrecen sueños desplegados sobre grandes paños en el suelo.

Con Helena camina una amiga, que se llama sor Juana Inés de la Cruz, y su abuelo, que está muy triste porque lleva muchas noches sin soñar.

Juana ayuda al abuelo a elegir sueños, sueños de mazapán o de algodón o de aire, alas para volar durmiendo, y el abuelo se marcha tan cargado de sueños que no habrá noche que alcance.



Te pido que me sueñes

Aquella noche hacían cola los sueños, queriendo ser soñados. Helena no podía soñarlos a todos, no había caso, no había manera.

Uno de los sueños, desconocido, se recomendaba:

—Suéñeme, que le conviene. Suéñeme, que le va a gustar.

También hacían cola unos cuantos sueños jamás soñados, pero entre ellos Helena reconocía al intruso de siempre, ese bobo, ese pesado, y a otros sueños que decían ser nuevos pero eran viejos conocidos de sus noches de volanderías y navegaciones.

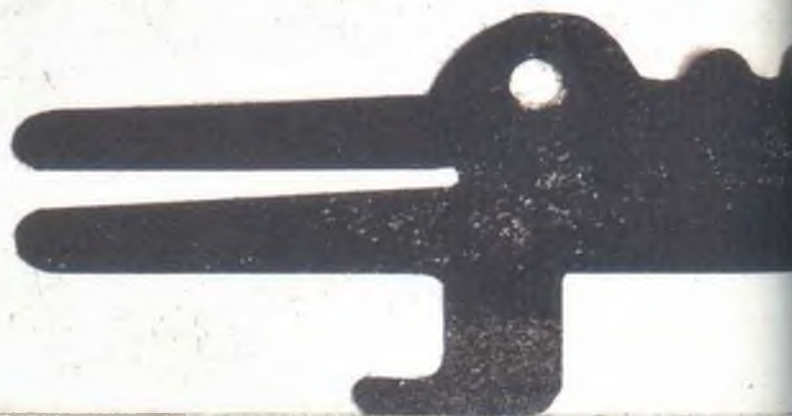


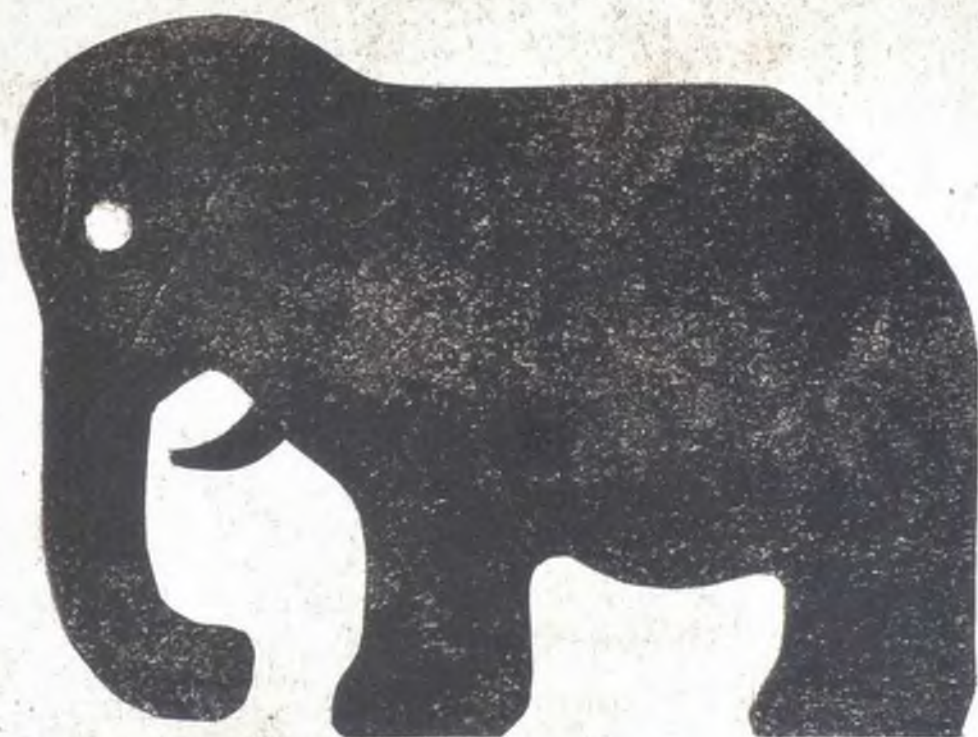


Nombres

A la casa de los nombres acudían, queriendo llamarse, las personas y los bichos y las cosas.

Los nombres tintineaban, ofreciéndose: prometían buenos sonos y ecos largos. La casa estaba siempre llena de personas y bichos y cosas probándose nombres. Helena soñó con la casa de los nombres y allí descubrió a la perrita Pepa Lumpen, que andaba en busca de un nombre más presentable.





La casa de las palabras

A la casa de las palabras, acudían los poetas.

Las palabras, guardadas en viejos frascos de cristal, esperaban a los poetas y se les ofrecían, locas de ganas de ser elegidas: ellas rogaban a los poetas que las miraran, que las olieran, que las tocaran, que las lamieran.

Los poetas abrían los frascos, probaban palabras con el dedo y entonces se relamían o fruncían la nariz.

Los poetas andaban en busca de palabras que no conocían, y también buscaban palabras que conocían y habían perdido.

En la casa de las palabras había una mesa de los colores. En grandes fuentes se ofrecían los colores y cada poeta se servía del color que le hacía falta: amarillo limón o amarillo sol, azul de mar o de humo, rojo lacre, rojo sangre, rojo vino...



El amigo

Con un solo brazo, nos abrazaba a los dos.

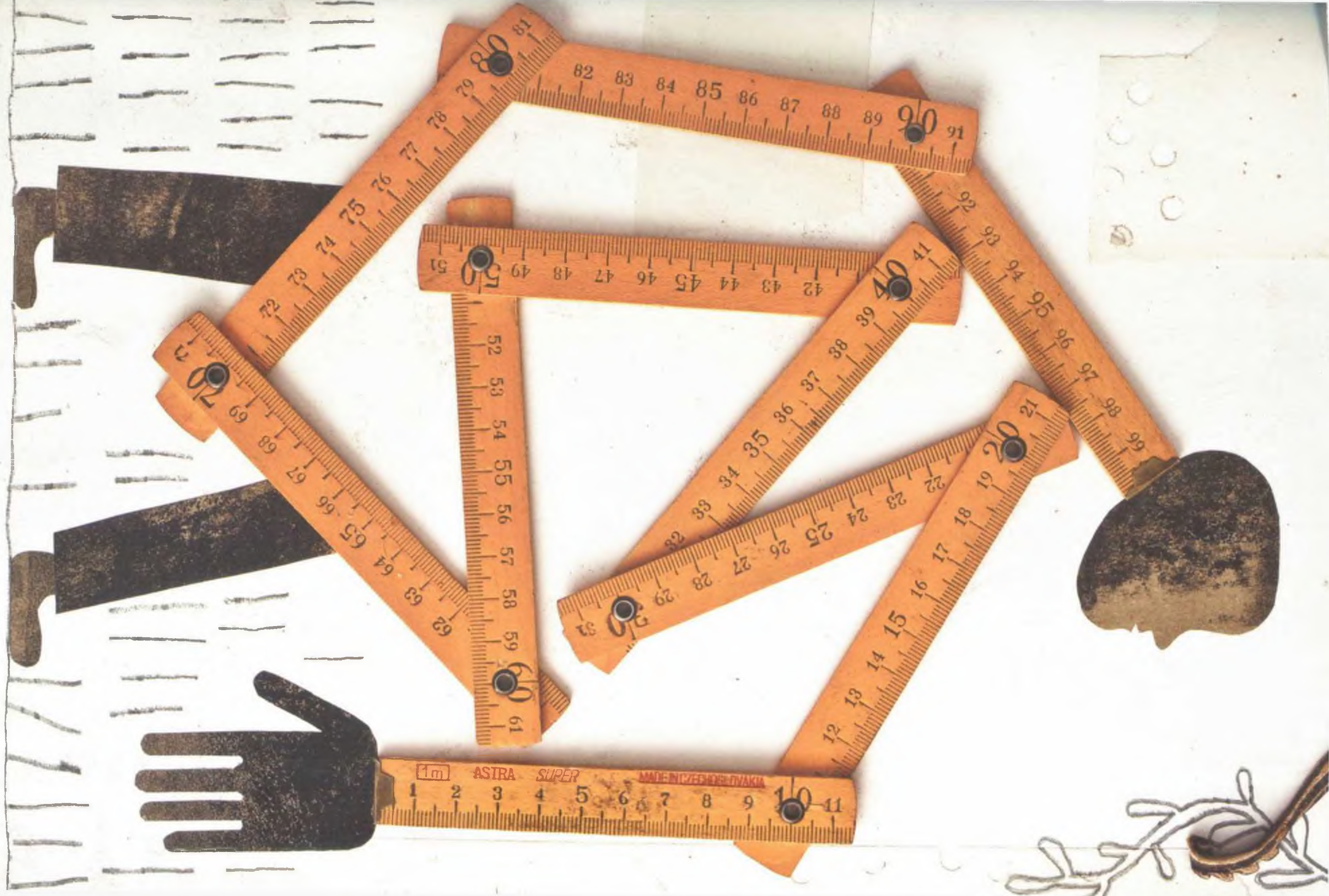
El brazo era larguísimo, como antes, pero todo el resto había encogido muchísimo, y por eso Helena lo soñaba con desconfianza, entre creyendo y no creyendo.

Julio Cortázar explicaba que había podido resucitar gracias a una máquina japonesa, que era muy eficiente pero todavía estaba en fase de experimentación, y por error la máquina le había dejado enano todo el cuerpo salvo un brazo.

Julio contaba que las emociones de los vivos llegan a los muertos como si fueran cartas, y que él había querido volver a la vida por la mucha pena que le daba la pena que su muerte nos había dado.

Además, decía, estar muerto es una cosa que aburre.

Y también decía que tenía ganas de escribir un cuento sobre eso.



Profecías

Helena soñó con las que habían guardado el fuego. Lo habían guardado las viejas, las viejas muy pobres, en las cocinas de los suburbios; y para ofrecerlo les bastaba con soplarle, suavemente, la palma de la mano.



Sueños perdidos

Se había dejado los sueños, olvidados, en una isla.

Claribel Alegría, que nadie sabe cómo ni por qué andaba por ahí navegando en un barquito, recogió los sueños, los ató con una cinta y los guardó bien guardados.

Pero los niños de la casa descubrieron el escondite y quisieron ponerse esos disfraces increíbles.

Entonces el timbre del teléfono despertó a Helena, y era Claribel, desesperada, peleando a brazo partido contra esos feroces angelitos de Dios y preguntando *qué hago, qué hago con tus sueños*.

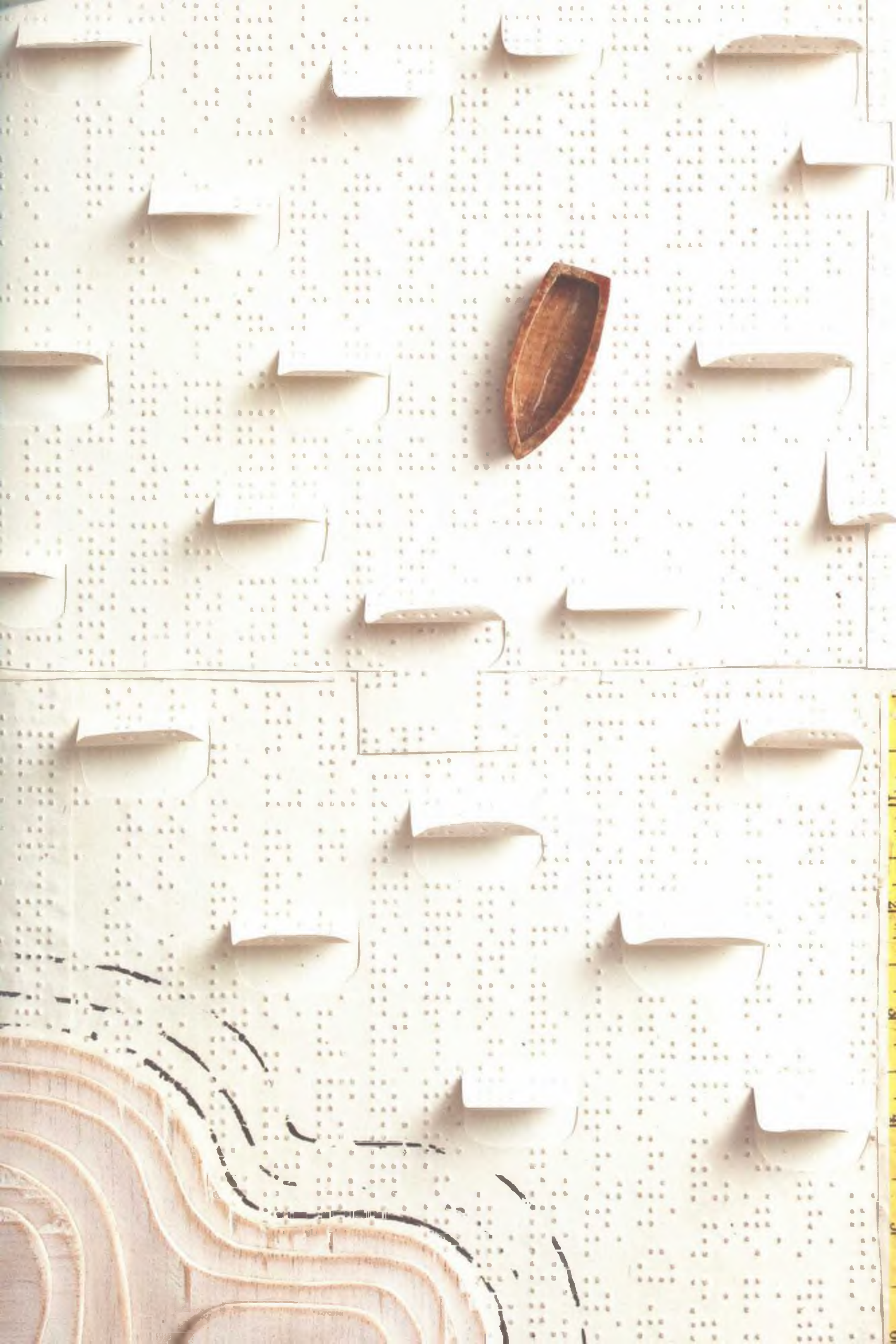


El puerto

La abuela Raquel estaba ciega cuando murió. Pero tiempo después, en el sueño de Helena, la abuela veía.

En el sueño, la abuela no tenía un montón de años, ni era un puñado de cansados huesitos: ella era nueva, era una niña de cuatro años que estaba culminando la travesía de la mar desde la remota Besarabia, una emigrante entre muchos emigrantes. En la cubierta del barco, la abuela pedía a Helena que la alzara, porque el barco estaba llegando y ella quería ver el puerto de Buenos Aires.

Y así, en el sueño, alzada en brazos de su nieta, la abuela ciega veía el puerto del país desconocido donde iba a vivir toda su vida.



El baile

Helena bailaba dentro de una caja de música, donde las damas de miriñaque y los caballeros de peluca giraban y hacían reverencias y seguían girando. Aquellos trompos de porcelana eran un poco ridículos pero simpáticos, y daba placer deslizarse con ellos en la espiral de la música, hasta que en una voltereta Helena tropezó, cayó y se rompió.

El golpe la despertó. El pie izquierdo le dolía mucho. Quiso levantarse, no podía caminar. Tenía el tobillo muy inflamado.

—Me caí en otro país —me confesó— y en otro tiempo.

Pero no se lo dijo al médico.



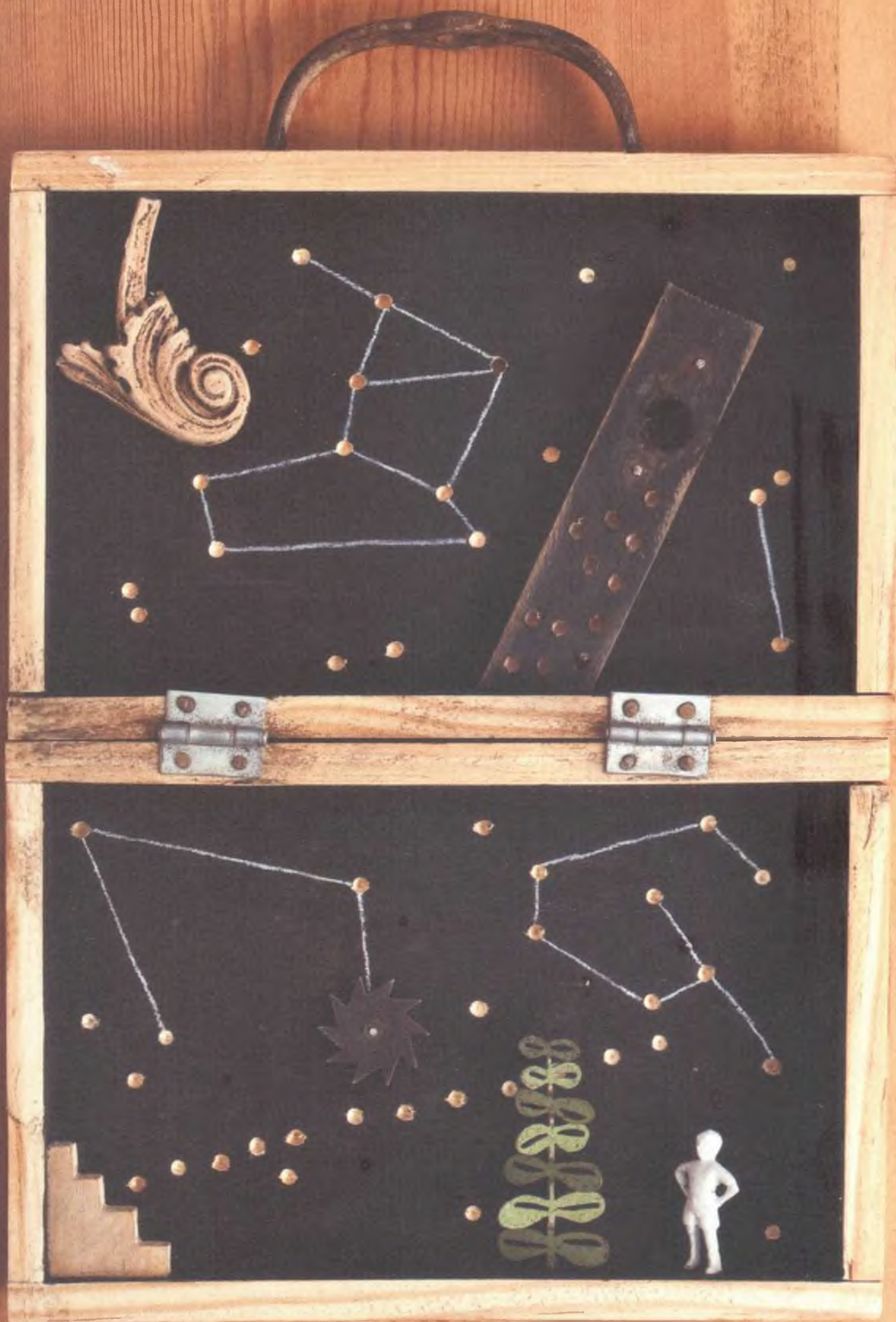
El fin del exilio/1

Soñó que quería cerrar la valija y no podía.

No había caso.

Hacía fuerza con las manos y clavaba las rodillas y se sentaba encima de la valija, y se paraba con los dos pies, y no había caso.

La valija no se dejaba cerrar.



El fin del exilio/2

Ella volvía a Buenos Aires, pero no sabía en qué idioma hablar ni con qué dinero pagar.

Parada en la esquina de Pueyrredón y Las Heras, esperaba que pasara el 60, que no venía, que nunca vendría.



El fin del exilio/3

Se le habían roto los cristales de los anteojos y se le habían perdido las llaves. Ella buscaba las llaves por toda la ciudad, a tientas, en cuatro patas, ciega en la oscuridad, y cuando por fin las encontraba, las llaves no entraban en sus puertas.



Llamada internacional

Soñó que hablaba por teléfono con Pilar y Antonio, y eran tantas las ganas de darles un abrazo que conseguía traerlos desde Cataluña por el tubo. Pilar y Antonio se deslizaban por el teléfono, como por un tobogán, y se dejaban caer en nuestra casa de Montevideo.



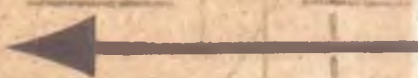
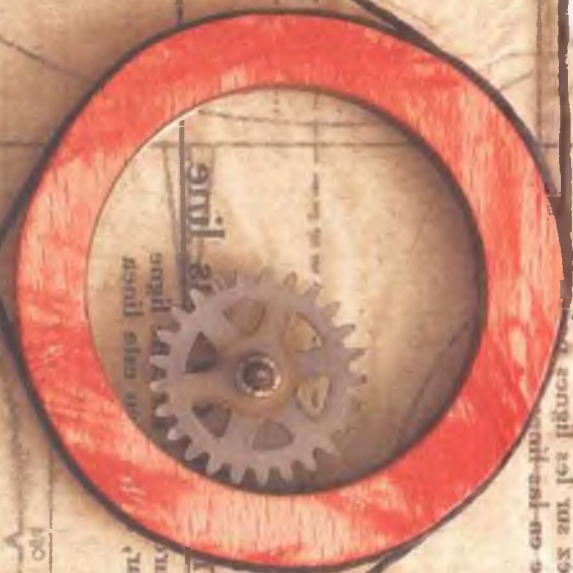
El imperio del miedo

Durmiendo, nos vio.

Helena soñó que hacíamos fila en un aeropuerto igual a todos los aeropuertos y estábamos obligados a pasar, a través de una máquina, nuestras almohadas.

En cada almohada, la almohada de anoche, la máquina leía los sueños.

Era una máquina detectora de sueños peligrosos para el orden público.



IMPORTANT: SEAMS are allowed on all sewing edges unless otherwise specified on the pattern.

of latitude but a rather big TUG-OT WOK
although this is rather a wide range of
guiltily before the margin of the T. The
the way as you lay out the material.

netron of
Point racoon
Peta racoon

la stio on con la con
la stio on con la con
2

Vuelo sin mapa

Ella era el avión. Tendida en la noche, volaba.

De pronto, se dio cuenta de que había perdido el rumbo, y ni siquiera recordaba adónde debía ir.

A los pasajeros, los pasajeros que su cuerpo contenía, no les importaba nada ese despiste. Todos estaban muy ocupados bebiendo, comiendo, fumando, charlando y bailando, porque en el avión de su cuerpo había espacio de sobra, sonaba buena música y nada estaba prohibido.

Tampoco ella estaba preocupada. Había olvidado su destino, pero las alas, sus brazos desplegados, rozaban la luna y giraban entre las estrellas, dando vueltas por el cielo, y era muy divertido eso de andar atravesando la noche hacia ningún lugar.

Helena despertó en la cama, en el aeropuerto.



Ventana sobre la muerte/1

Helena Villagra no podía abrir los ojos. Los ojos le ardían. Se restregaba los párpados y se le salían las pestañas y también las cejas se le salían. Ella estaba en un cine. Cuando por fin conseguía mirar, veía una pantalla negra.



Ventana sobre la muerte/2

Ya las cenizas de Alberto yacían en tierra de Tucumán, ya crecían las cenizas de Alberto en los verdores de allá. Helena había heredado su sombrero. Helena dormía, y el sombrero de Alberto también dormía; y en el sueño de Helena, el sombrero soñaba.

El sombrero soñaba que agitaba sus alas y girando se iba a volar por ahí, con Helena adentro, acurrucada en la copa.

Ella despertaba mareada de tanto dar vueltas.



Pepa

Pepa Lumpen estaba muy averiada por los años. Ya no ladraba; y se caía al caminar. El gato Martinho se acercó y le lamió la cara. Pepa siempre lo ponía en su lugar, gruñendo y mostrándole los dientes; pero ese último día se dejó besar.

Callada quedó la casa, vacía de ella.

En las noches siguientes, Helena soñó que cocinaba en una olla que tenía el fondo roto, y también soñó que Pepa la llamaba por teléfono, furiosa porque la teníamos bajo tierra.



Amores

Nos amábamos rodando por el espacio y éramos una bolita de carne sabrosa y salsosa, una sola bolita caliente que resplandecía y echaba jugosos aromas y vapores mientras daba vueltas y vueltas por el sueño de Helena y por el espacio infinito y rodando caía, suavemente caía, hasta que iba a parar al fondo de una gran ensalada.

Allí se quedaba, aquella bolita que éramos ella y yo; y desde el fondo de la ensalada vislumbrábamos el cielo. Nos asomábamos a duras penas a través del tupido follaje de las lechugas, los ramajes del apio y el bosque del perejil, y alcanzábamos a ver algunas estrellas que andaban navegando en lo más lejos de la noche.





Chau sueños

Los sueños se marchaban de viaje.

En la estación del ferrocarril, parada en el andén, Helena les decía adiós con un pañuelo mojado.



Sobre Los sueños de Helena

Las narraciones que integran este volumen proceden de las siguientes obras de Eduardo Galeano: *Memoria del fuego/los nacimientos* (1982), *El libro de los abrazos* (1989), *Las palabras andantes* (1993), *Bocas del tiempo* (2004) y *Espejos* (2008), excepto *Casa que viaja* que se publica por primera vez.

Índice

7	...	<i>Prólogo</i>
8	...	La noche
11	...	Viaje al país de los sueños
14	...	Casa que viaja
16	...	El país de los sueños
18	...	Juana
20	...	Te pido que me sueñes
23	...	Nombres
26	...	La casa de las palabras
28	...	El amigo
30	...	Profecías
32	...	Sueños perdidos
34	...	El puerto
36	...	El baile
38	...	El fin del exilio/1
40	...	El fin del exilio/2
42	...	El fin del exilio/3
44	...	Llamada internacional
46	...	El imperio del miedo
48	...	Vuelo sin mapa
50	...	Ventana sobre la muerte/1
52	...	Ventana sobre la muerte/2
54	...	Pepa
56	...	Amares
59	...	Chau sueños

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

ILLUSTRATA

© 2011: Eduardo Galeano
© 2011, de las ilustraciones: Isidro Ferrer
© 2011, de esta edición: Libros del Zorro Rojo
Barcelona - Buenos Aires - México D.F.

Colección dirigida por Alejandro García Schnetzer
Edición: Marta Ponzoda Álvarez

Esta obra es una realización de Libros del Zorro Rojo
www.librosdelzorrorojo.com

Dirección editorial:
Fernando Diego García

Dirección de arte:
Sebastián García Schnetzer

Fotografías:
Xavier d'Arquer | dobleStudio

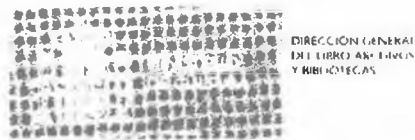
Con la colaboración del
Institut Català de les Empreses Culturals

ISBN: 978-84-92412-96-9 Depósito legal: B-33.393-2011

Primera edición: octubre de 2011
Primera reimpresión: abril de 2012
Segunda reimpresión: julio de 2014

Impreso en China a través
de Asia Pacific Offset

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares
del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra
la propiedad intelectual.



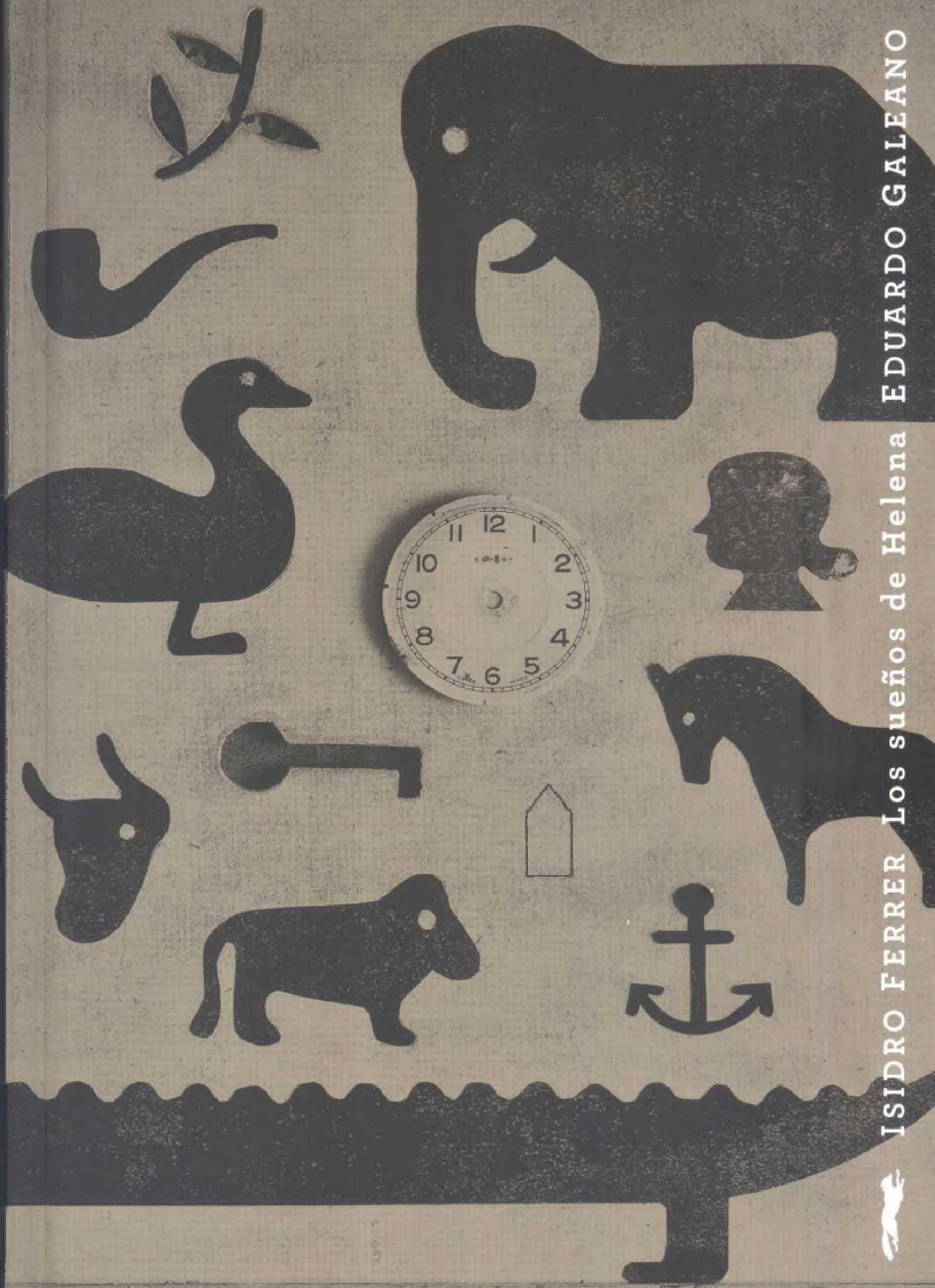
Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



ISIDRO FERRER

Madrid, 1963

Diseñador, afichista, ilustrador, graduado en Arte dramático y Escenografía, es uno de los artistas gráficos más reconocidos de la actualidad. En el campo de la ilustración editorial ha publicado, entre otros: *El vuelo de la razón* (Premio del Ministerio de Cultura de España al libro mejor editado, 1993); *Yo me lo guiso, yo me lo como* (Premio Laus de Plata de Ilustración, 1996); *El verano y sus amigos* (Premio Lazarillo de Ilustración, 1996); *En cosme i el monstre* (Premio Crítica Serra d'Or, 2000); *Una casa para el abuelo* (Premio Daniel Gil de Ilustración, 2003; Premio Junceda de Ilustración, 2006 y Premio Nacional de Ilustración, 2006); *Libro de las preguntas*, de Pablo Neruda (Premio de la Asociación Española de Profesionales del Diseño, 2006 y Premio Cálamo al mejor libro, 2006). Su obra ha sido expuesta en numerosos países de Europa, América y Asia. Isidro Ferrer reside en Huesca, donde se dedica al cartelismo, al diseño editorial, a la ilustración y a las series de animación. Sobre sus gustos ha escrito: «Del color azul me gusta el azul. De los perros me gusta que tengan plumas de caballo. Me gusta encontrar las caras escondidas en un taco de madera, las caras reveladas en un sello, en una moneda. De las hojas me gusta el libro. De la pared me quedo con un cartel; aunque de la pared también me gusta el laberinto».



EDUARDO GALEANO

ISIDRO FERRER Los sueños de Helena





«Durmiendo, nos vio.

Helena soñó que hacíamos fila en un aeropuerto
igual a todos los aeropuertos y estábamos
obligados a pasar, a través de una máquina,
nuestras almohadas.

En cada almohada, la almohada de anoche,
la máquina leía los sueños.

Era una máquina detectora de sueños peligrosos
para el orden público.»

A lo largo de su narrativa,
Eduardo Galeano ha ido escribiendo los sueños
de Helena, su esposa. Este libro los reúne
por primera vez en una edición especialmente
iluminada por Isidro Ferrer,
quien ha sabido interpretar con admirables
composiciones toda la belleza de unas historias
soñadas para soñadores de
cualquier edad.

*